

Trabajo de campo etnográfico. Prácticas y Saberes

Ana Domínguez Mon (compiladora). Colección Libros de Cátedra, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2017, 291 páginas. ISBN: 978-987-4019-72-1

Por Fernando Alberto Balbi*

Cabe comenzar esta reseña celebrando dos felices iniciativas: la decisión de la cátedra de Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo de dedicar un apreciable tiempo y esfuerzo a elaborar este valioso libro como subproducto de y aporte para su tarea docente; y la de las autoridades de nuestra Facultad de Filosofía y Letras de poner a disposición de los lectores todos los volúmenes de la Colección Libros de Cátedra en formato digital con Acceso Abierto.¹

Quienes hemos dictado algún curso dedicado a la investigación etnográfica sabemos que se trata de una tarea ímproba porque lo que puede enseñarse al respecto por fuera de las propias prácticas de investigación es relativamente poco. Hay en esta modalidad de investigación algo de inasible, algo que no se relaciona –como se ha pensado en el pasado– con el problema del *rapport* o la supuesta capacidad del etnógrafo para empatizar con sus interlocutores sino con las tensiones inherentes a una práctica que exige construir el objeto de investigación sobre la marcha, no trazar de antemano el universo empírico a abordar y meter palos en la rueda de las propias orientaciones teóricas para

propiciar revisiones generales del punto de vista analítico adoptado. Nada de esto puede ser ‘enseñado’ en forma meramente teórica. De allí que la enseñanza curricular de la investigación etnográfica tienda a asumir la forma de talleres (a veces combinados con clases teóricas, teórico-prácticas, etc.). Sin embargo, en lo que refiere a la etnografía, las instancias de enseñanza curricular raramente coinciden con el ‘tempo’ de las trayectorias formativas de los estudiantes, que son más prolongadas y asumen ritmos relacionados con los encuentros, relativamente azarosos, entre las condiciones de sus trabajos de campo, sus otras ocupaciones (incluyendo, especialmente, las laborales) y sus naturales inseguridades de principiantes.

Por otro lado, el Plan de Estudios de nuestra carrera –pensado en el marco de la notable explosión demográfica generada por la recuperación de la democracia– concentró la enseñanza de la investigación etnográfica en dos cursos: Metodología y Técnicas, y el Seminario de Investigación de la Orientación Sociocultural. Este diseño, en su momento razonable, terminó colocando a los docentes de Metodología en la incomodidad de disponer de apenas un cuatrimestre para brindar una formación básica a un conglomerado de estudiantes cuyos intereses

1. La Colección se encuentra disponible en: <http://publicaciones.filo.uba.ar/catálogo-libros-de-cátedra>

* Doctor en Antropología, Museu Nacional – Universidade Federal do Rio de Janeiro. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Antropología Social (UBA–FFyL–ICA–SEANSO). CONICET. Buenos Aires, República Argentina. fabalbi@yahoo.com.ar

temáticos son variados y muchas veces poco definidos; y, también, condenó a los docentes del Seminario a afrontar cada año una amplia dispersión temática y una marcada heterogeneidad en cuanto a los grados de avance de los trabajos de los estudiantes. Es cierto que el segundo inconveniente es parcialmente administrado multiplicando los seminarios de investigación para que cubran distintos campos temáticos y que se ha compensado parcialmente el primero mediante la introducción de contenidos ‘metodológicos’ en las materias y los seminarios de grado (se trata de políticas que ha impulsado desde hace años la Junta Departamental). Sin embargo, los problemas subsisten y su peso recae fundamentalmente sobre los docentes de ambas asignaturas.

Este contexto hace particularmente auspiciosa la publicación del libro que aquí reseño. Primero, porque resulta de reflexiones sobre la enseñanza del trabajo de campo etnográfico llevadas a cabo por el actual equipo docente que viene poniéndole el pecho cotidianamente a las dificultades inscriptas en la configuración de nuestra disciplina y en nuestro diseño curricular. Y, segundo, porque estos colegas, al haberse formado como docentes en el seno de la misma cátedra, pueden capitalizar los aportes de numerosos colegas que han pasado por allí desde los ochenta, entre quienes destacan dos etnógrafas y especialistas en la ‘metodología’ etnográfica de la talla de Esther Hermitte y de Rosana Guber, así como una colega tan versada en la etnografía de los procesos educativos como Graciela Batallán.

Uno de los mayores méritos de *Trabajo de campo etnográfico...* es que evita exitosamente las tentaciones que esconde la figura del ‘manual’: la guía, repleta de obviedades, del tipo ‘hágalo usted mismo’ (esa clase de texto donde se nos ‘enseña’ que para mantener el *rapport* durante una entrevista hay que asentir cada tanto y musitar algún que

otro “¡qué interesante!”; como si no se tratara de una conversación); y el libro de autoayuda para etnógrafos conflictuados (género que tanto debe al amor de los autores norteamericanos de los ochenta por sus propios ombligos), que nos induce a creer que todas las incomodidades y desgracias que pudiera depararnos el campo no son sino magníficas ocasiones para producir conocimiento porque nosotros somos el centro del quehacer etnográfico y, por ende, debemos priorizar por sobre todas las cosas la atención a los aspectos afectivos y emotivos de nuestras experiencias.

De una manera mucho más interesante y productiva, el libro presenta lo que Ana Domínguez Mon describe como “una propuesta de indagación a partir de las actividades que todo/a investigador/a debe realizar” (p. 16) y de “aspectos particulares de las acciones centrales del oficio del o de la trabajador/a de campo” (pp. 16-17). En este contexto, además, el énfasis recae sobre “algunos de los temas que usualmente quedan fuera de la organización de las clases teórico-prácticas y de los talleres” (p. 9), de manera que el libro puede leerse como un acompañamiento y una prolongación del proceso pedagógico de la materia que, en lugar de reducir a fórmulas vacías los asuntos ya tratados en clase, aporta un plus que los estudiantes podrían aprovechar antes, durante y después de cursarla.²

Otro gran acierto del libro –el mayor, quizás– es el de dar la palabra a alumnos y adscriptos de la materia. Sus voces, tanto más cercanas a las de los futuros estudiantes, aportan cuidadosas exposiciones de sus experiencias de investigación en el marco del curso y más allá del mismo, extendiéndose

2. En este sentido, además, el libro es una respuesta a una parte de los problemas que plantea el diseño curricular de la carrera, un recurso para extender la intervención del equipo docente más allá del estrecho marco de un cuatrimestre, ampliando la gama de temas a cubrir.

hacia el trayecto de sus tesis de licenciatura. Complejas, inteligentes y reflexivas pero aún frescas, jóvenes, en formación, son voces que –bajo la orientación de miembros de la cátedra– recuperan sus experiencias de investigación desde el lugar de quienes todavía no han terminado de procesarlas o, incluso, de transitarlas y siguen comprometidos con las incertidumbres teórico-metodológicas, técnicas y éticas inherentes a la experiencia de campo y la escritura etnográfica.

Un último punto a destacar es que prácticamente todos los capítulos están atravesados por consideraciones respecto de la dimensión ética de la investigación etnográfica. Esto es fundamental porque lo que –más allá de la debilidad relativa de nuestros consensos al respecto– entendemos por ‘etnografía’ en nuestra disciplina no sólo es una práctica de investigación que se ocupa de los asuntos de seres humanos sino una que lo hace apelando a la construcción de relaciones personales, operacionalizando relaciones diádicas basadas en una u otra modalidad de confianza mutua, hecho que nos compromete éticamente de maneras que difieren de las propias de modalidades de investigación más formalizadas o estructuradas. El hecho de que estos docentes, estudiantes y adscriptos de Metodología y Técnicas entiendan que las reflexiones ‘metodológicas’ y las problematizaciones éticas son inseparables y que deben ser compartidas con los futuros estudiantes es sumamente feliz. Si bien quienes conocemos la calidad profesional y personal del actual equipo docente de la materia no podríamos haber esperado otra cosa, creo que este detalle debe ser entendido también como un subproducto del hecho de que nuestra carrera se desarrolle en el marco de una universidad pública, libre y gratuita. No es solamente para achicar el gasto público que hoy –como en ocasiones anteriores– se las ataca: está en juego la existencia de un espacio que acaso no sea

necesariamente crítico pero contiene fuertes impulsos sociales en tal sentido.

Termino esta breve nota, como es de rigor, refiriéndome brevemente a los contenidos de los capítulos del libro.

En el primer capítulo, Carlos María Chiappe y Alejandra Ramos procuran “brindar herramientas” para la “búsqueda, clasificación y armado de corpus” relativos a los “diferentes tipos de materiales escritos” (p. 25) con que tratan los investigadores: fuentes, datos en general, textos académicos, etc. Apuntando, con acierto, a mostrar “el carácter progresivo –pero no lineal–” (p. 24) de dicho trabajo, presentan algunas de las estrategias desarrolladas en sus propias investigaciones, lo que les permite mostrar que el armado de tales corpus “requiere de una prospección dúctil que habilite reformular el problema de investigación” (p. 49).

Los tres capítulos siguientes exploran diversos usos de recursos visuales. Santiago Manuel Giménez y Joanna Sander se centran en la fotografía y analizan “las dinámicas que adquieren las imágenes visuales en el trabajo de campo antropológico” (p. 54) recorriendo su incorporación en los inicios de la disciplina, el uso de las imágenes de la alteridad indígena en nuestro país, los debates en la etnografía contemporánea sobre las relaciones entre fotografía y reflexividad, y el uso de las imágenes en una etnografía en particular. Al cabo, concluyen que “el proceso de construcción de una imagen se torna un material significativo para ser incorporado al proceso de investigación” cuando es “acompañado por un tipo de interpretaciones que nos permita contextualizarlo y volverlo inteligible para el observador” (p. 82). Luego, Ana Padawer aborda el uso de los recursos fílmicos, recuperando dos experiencias de investigación propias que comparten la apelación a una “aproximación audiovisual para el registro de la vida cotidiana

mediante la observación participante” en función del análisis de “las relaciones entre ideas pedagógicas y políticas” en dos “establecimientos educativos públicos” (p. 87) de distintas características. Padawer aborda algunos interrogantes relativos al uso de las TICs en el trabajo de campo etnográfico, relacionados con su doble condición de “parte de las relaciones sociales contemporáneas” y “modos muy valiosos de conocerlas que podemos compartir con nuestros interlocutores” (p. 92): problemas referidos a la mediación, la verdad y la representación, la autoridad y la reflexividad, punto sobre el cual gira la que quizás sea la más interesante de sus conclusiones: “Mostrar la intersubjetividad en la producción de conocimiento antropológico, con un formato visual, implica asumir el propio punto de vista en tensión con el de los otros” (p. 114). Finalmente, Ana Domínguez Mon recapitula sus experiencias –fuertemente marcadas en términos éticos– de realización de dos videos etnográficos: uno emprendido junto con un grupo de diabéticos tipo 2 a fin de registrar sus experiencias y “visibilizar las actividades que realizan para el cuidado cotidiano de su salud” (p. 121) de cara a un público de profesionales de la salud; y otro que fue acordado con el mismo grupo de pacientes pero se centró en el registro de las actividades de los profesionales, con el objetivo de “poner en evidencia cómo (...) conciben el trabajo de cuidados (...) en su práctica cotidiana” (p. 122). La autora muestra que, trabajando en conjunto con documentalistas y con los propios actores en estos trabajos audiovisuales donde “la investigación etnográfica es previa a la descripción fílmica” (p. 124) fue posible concretar productos que apuntan a “colaborar en la construcción de un dispositivo que incorpora los saberes y prácticas profesionales como mutuamente constitutivos y en diálogo con los saberes y las prácticas de lxs pacientes” (p. 145). Aunque Domínguez Mon no lo mencione expresamente, el texto es demostrativo de

la utilidad del cine documental etnográfico para la representación de la heterogeneidad que es propia de las perspectivas de nuestros interlocutores, tema sobre el cual los antropólogos solemos cacarear mucho sin aportar demasiados recursos prácticos.

El quinto capítulo explora el valor de una herramienta tradicional de la etnografía, la entrevista abierta, en función de una finalidad no necesariamente inserta en un proceso de investigación etnográfico: la obtención de ‘testimonios’ audiovisuales de víctimas del terrorismo de Estado. Articulando sus experiencias como colaboradora de la cátedra y como entrevistadora e investigadora del archivo oral de una asociación civil, Susana Skura muestra que “el testimonio puede ser considerado como un modo peculiar de entrevista” (p. 154) abierta que prioriza “la transmisión, el legado a otras generaciones” y “la búsqueda de reparación simbólica” (p. 154). El texto cierra con un examen de los aspectos éticos involucrados en la producción de testimonios, atendiendo al hecho de que “no siempre es posible para los entrevistados retener el control de los mensajes que expresan” y a la pregunta sobre “hasta qué punto debemos hacer esa tarea los entrevistadores” (p. 172).

Los dos capítulos finales recuperan las experiencias de alumnos y adscriptos de la materia para abordar los diversos registros de escritura que involucra la etnografía. Primero, los estudiantes Pablo Vidal, Francisco Tizón y Julia Boronat Schvartzman reflexionan sobre distintas instancias de reelaboración de sus notas de campo (correspondientes a ejercicios propuestos por el equipo de la cátedra) bajo la orientación de las docentes Florencia Girola y Alejandra Ramos. Vidal parte de un planteamiento inicial de su tema de investigación como la intención de estudiar “una subcultura juvenil ligada a una escena musical *underground*” (p. 184; *italicas del original*) para reflexionar sobre cómo sus

registros de campo y, en particular, la redacción de una descripción analítica intermedia le permitieron focalizar y redefinir su interés, orientando su investigación a “explorar las *estrategias de vinculación que llevan a cabo, a escala local e internacional, los jóvenes que practican un conjunto de géneros y subgéneros musicales*” (p. 196; itálicas del original). Tizón explica la forma en que elaboró su informe final para la materia, enfatizando cómo comprendió que algunos de sus objetivos iniciales “eran inviables en los tiempos de la cursada” (p. 212) porque abarcaban a un “conjunto de relaciones” (p. 213) demasiado complejo y que necesitaba centrarse en la “experiencia cotidiana” de los miembros de su referente empírico (una radio comunitaria) antes que en sus relaciones con terceros para “dar sentido a ciertas categorías” nativas y, así, “comprender mejor sus prácticas” y, por lo tanto, “las relaciones que construían con otros espacios” (p. 214). Finalmente, Boronat Schwartzman expone la reformulación del planteo inicial de su problema de investigación, que se centraba en “analizar la supuesta funcionalidad de reinserción social” de un programa estatal “para borrar marcas y tatuajes” (p. 228) tumberos. La autora muestra cómo el trabajo desarrollado en la materia la condujo a “re-construir el problema de investigación focalizando en los tatuajes como marca corporal identificatoria (...) y los sentidos que les atribuyen los sujetos en la cárcel” (pp. 229-230), colocando en primer plano lo que inicialmente era apenas parte de uno de varios ejes analíticos. Finalmente, traza su trabajo de tesis en un plazo más largo especificando los aportes de la materia y del Seminario de Investigación.

En el último capítulo del volumen, María Belén Garibotti, Tatiana Ivancovich y María Paz Laurens (adscriptas de la materia) se unen a la docente Florencia Girola para “reflexionar sobre las actividades de interpretación y análisis del material de

campo y su vinculación con la tarea de exposición del conocimiento producido a través del despliegue de argumentos” (p. 241). Ivancovich examina sus registros y los tópicos desarrollados a partir de ellos, mostrando “cómo la pregunta inicial fue modificándose” (p. 254) en función del rediseño de las sucesivas salidas al campo: su análisis de la implementación del programa agroecológico Prohuerta (INTA) en un contexto de agronegocio se centraba en la mirada institucional expresada por sus coordinadores nacionales y por las técnicas locales; ante las dificultades para desarrollar un trabajo de campo acorde a ese interés, el trabajo con sus notas de campo le permitió preguntarse por el papel de las voluntarias que “hacían el trabajo territorial” (p. 255), la definición de su rol en el diseño del programa y, especialmente, las formas en que ellas mismas lo concebían. El desplazamiento queda denotado por una lista de registros de campo que reflejan crecientemente instancias de interacción con las voluntarias, así como por la paulatina redefinición de los tópicos relevados. A continuación, Laurens nos brinda la infrecuente oportunidad de acompañar la escritura del primer producto ‘público’ de un proceso de investigación iniciático: la ponencia que constituyó la primera aproximación al tema de su tesis, que versará “sobre el proceso de formación y las prácticas cotidianas de organización” de una cooperativa textil integrada “por personas que pasaron por contexto de encierro y sus familiares” (p. 263). La autora detalla cómo encontró alternativas analíticas y formas de textualización que le permitieran abordar la “variabilidad de situaciones” (p. 265) presentada por sus registros. Finalmente, en un puñado de páginas que se cuentan entre las más interesantes del libro, Garibotti traza el recorrido de la investigación plasmada en su tesis de licenciatura, dedicada a los diversos canales de producción y distribución de bienes materiales y servicios a que recurren las unidades domésticas en el contexto del

dualismo monetario de la economía cubana. Centrándose en la monografía de un seminario de grado que constituyó su primera aproximación substancial al tema y en su tesis, muestra cómo “fue cambiando la escritura argumentativa” (p. 271): “a medida que se organizan los datos en las diferentes fases de la escritura (notas de campo, descripciones analíticas intermedias y escritura etnográfica) y se realiza el análisis hermenéutico de todo el corpus documental (...), se complejiza el problema inicial a la vez que se identifican los supuestos” (pp. 279-280).

Sólo me resta reafirmar el valor de *Trabajo de campo etnográfico. Prácticas y saberes*. En efecto, no sólo se trata de un conjunto de materiales didácticos sumamente valiosos sino que se alza como una colección de muy ricas contribuciones a un género de literatura académica poco transitado: el de la reflexión sobre las prácticas de investigación etnográfica comprometida con el lector antes que con el propio autor.